

Olida Internacional

¿AL BORDE DE UN CISMA TRASCENDENTAL?

El 25 de junio, después de cinco días de sesiones a puertas cerradas, se clausuró en Bucarest el III Congreso del Partido Comunista Rumano, que, en el hecho, fue una conferencia general de dirigentes comunistas del bloque soviético. Como los comunistas son democráticos y anti-imperialistas, el hombre cuya palabra fijó la línea fue el representante de esa pequeña potencia que es la Unión Soviética. Los demás asintieron unánimemente.

Sin embargo, con este congreso parecen haber consagrado espectacularmente importantes novedades. ¿Se ha producido —en el plano doctrinario, para comenzar— esa escisión entre Rusia y China que algunos vienen observando o profetizando hace tiempo?

Si así fuera, la división del comunismo que significó la "herejía" de Tito pasaría a tener la insignificante proporción de un desmigajamiento frente al cataclismo que representaría una oposición ruso-china.

Por el momento al menos, dicha oposición se presenta en el plano doctrinario, pero con proyecciones políticas concretas e inmediatas de enorme alcance. Pocos acontecimientos de los ocurridos en este siglo podrían tener más importancia que la fructificación de la semilla cuya germinación parece estarse produciendo ahora. El asunto es de tan gigantesca envergadura que, por lo mismo, no puede juzgarse a la ligera. Habría que esperar para ver. Pero entre tanto, veamos lo ocurrido.

El fracaso de la conferencia de París, a mediados de mayo, fue relacionado con una pugna interna en el Kremlin entre los partidarios de la coexistencia pacífica con Occidente, dirigidos por Khrushchev, y los continuadores de Stalin, que creen que una política de "dureza" es la única manera de tratar con los enemigos exteriores y, a la vez, de realizar el comunismo en el interior.

Los asombrosos errores norteamericanos —que ha condenado la propia Comisión de RR. EE. del Senado en Washington— habrían hecho imposible a Khrushchev mantener su actitud relativamente amistosa. Paradójicamente la violenta reacción del jefe soviético contra los norteamericanos le habría servido para afirmar su posición en

el plano de la política interna contra sus enemigos stalinistas. Luego, por esas oscuras maniobras de palacio que ocurren en el Kremlin y que sólo al cabo de un tiempo se saben vía Varsovia o vía Belgrado, Khrushchev habría consolidado su control del Politburó y su política. Esto comenzaron a anunciarlo los "expertos" occidentales en la primera semana de junio.

POSICIONES CONTRAPUESTAS

Paralelamente, en Pekín se fue insistiendo con sugerente filiosidad que la recta interpretación del marxismo-leninismo conducía a una política de permanente enemistad con el mundo capitalista, sostenida por una total movilización de los pueblos comunistas. Ante un Congreso de la Federación Sindical Mundial, realizado en Pekín, los delegados chinos definieron a su país como el campeón de los pueblos oprimidos e insatisfechos contra los "satisfechos" y desarrollados, dando a entender que entre éstos se hallaba Rusia. La política de desarme, oficialmente preconizada por Moscú, tuvo allí mismo una condenación expresa. "Hablar de desarme desmoraliza al pueblo en su lucha contra el imperialismo".

Poco después, contestando un artículo de "Pravda" que acusaba a los comunistas chinos de padecer la "enfermedad infantil del izquierdismo" definida por Lenin, el órgano oficial de Pekín, "Bandera Roja" afirmaba que "creer que el comunismo puede convivir con el imperialismo es una ilusión irrealista. El imperialismo nunca cambiará de naturaleza hasta su muerte. El pueblo no tiene más alternativa que luchar contra él hasta el fin".

El mismo día que se inauguraba el Congreso de Bucarest, "Pravda" lanzó un fuerte ataque contra la posición china, sin nombrarla, pero también sin dejar dudas de la alusión. "Los pueblos (de los países comunistas) estiman que en las condiciones actuales no existe un fatalismo ineludible de guerra, que el desarme no es solamente necesario sino posible y que la coexistencia pacífica en la situación internacional actual es una necesidad vital". Y en el mismo artículo se afirmaba que si algún país comunista sostenía otra posición, no estaba sino ayudando al enemigo.

En el curso del Congreso de Bucarest, con el apoyo de los jefes comunistas de los países satélites, Khrushchev fundamentó su política de coexistencia pacífica en la necesidad de una adaptación o interpretación de los textos de Marx y Lenin de acuerdo con las circunstancias actuales y no sujetándose a las limitaciones de la época en que vivieron aquellos padres de la doctrina. Luego, en el discurso público con que clausuró el Congreso en el estadio de Bucarest, el jefe ruso insistió en que seguiría la línea ya fijada en Moscú, en 1957, para liquidar la guerra fría y aliviar la tensión internacional.

El mismo día, en un mitin en Peiping, el general Li Chih-Min, uno de los oradores principales del acto, planteó una tesis diametralmente opuesta a la rusa. "Los modernos revisionistas —dijo—, empavorecidos por la extorsión imperialista de la guerra nuclear, han exagerado las consecuencias del poder destructivo de esta clase de guerra e implorado al imperialismo la paz a cualquier precio, ayudando de hecho a los imperialistas a socavar el espíritu militante de los países socialistas". En su edición de ese mismo día también, el "Diario Popular" publicaba un artículo con ideas semejantes.

Todo esto implica, desde luego, que el régimen de Pekín asume la defensa de una aplicación rígida del marxismo-leninismo frente a las "desviaciones revisionistas" de Moscú. Esta divergencia puede extenderse a otros puntos de la doctrina y llevar a la constitución de dos "iglesias" que se tratarán mutuamente de herejes. Ello significaría la división del comunismo mundial.

Por otra parte, la divergencia ya producida tiene que conducir en la práctica a políticas totalmente distintas frente a Estados Unidos y demás potencias occidentales. China seguirá apelando a la fuerza y a la "dureza", con vistas a la guerra inevitable. La Unión Soviética continuará preconizando, verbalmente al menos, el desarme y la coexistencia pacífica.

Sólo el futuro dirá hasta dónde puede llevar la disparidad entre el "revisionismo" ruso y entre el rígido "dogmatismo" chino, pero hay que pensar en la posibilidad del desarrollo —lento necesariamente— de un vuelco trascendental.

¿QUE HAY DETRAS DE ESTO?

Un examen siquiera somero de la situación actual de la Unión Soviética y de China, y sus posibilidades futuras parece confirmar la posibilidad de una divergencia seria. La formulación doctrinaria que se ha producido no sería así sino la proyección de necesidades diferentes.

Después de más de cuarenta años, el comunismo ha llegado en Rusia a cierto grado y forma de estabilización. Aunque haya sido a costa de un precio inhumano, el pueblo ruso tiene ahora un bienestar material que nunca había conocido, y ese bienestar va en aumento. Toda revolución crea sus clases satisfechas y conservadoras, y la soviética no ha escapado a esa ley. Millones de profesionales, técnicos y militares han llegado a constituir una especie de burguesía que tiene sus privilegios y una tarea entre manos y quiere seguridad y posibilidades de disfrute de su trabajo. Después de la feroz dictadura stalinista y las privaciones de la guerra y la industrialización a marcha forzada, se ha producido, innegablemente, cierta relajación política y económica. La estructura totalitaria del régimen no ha sido afectada en lo fundamental, pero es un

hecho que ya no se llevan a cabo las purgas sangrientas y las deportaciones en masa y que se ha aumentado —masiva si no proporcionalmente— la producción de bienes de consumo. Al mismo tiempo, ya hay toda una generación que no conoce sino "el paraíso socialista", con todo lo cual se ha creado una nueva relación de fuerzas sociales. De esta manera, dialécticamente, se ha hecho posible un aligeramiento de todo el "aparato" de constricción interna.

En el plano internacional, la Unión Soviética se encuentra con sus fronteras geográficas estabilizadas. La política de "roll back" o de liberación de los países satélites, lanzada por J. F. Dulles hace casi diez años, fracasó y ha sido abandonada. Por su lado, los rusos saben que, después del golpe de Praga y la constitución de la OTAN, todo intento de expansión a costa de los aliados occidentales conduciría a la guerra, general o local; en todo caso, a una aventura cuyos riesgos son mucho mayores que las ganancias probables.

Cualesquiera que sean las bravatas de Khrushchev sobre la rapidez y alcance de sus cohetes, los rusos —que tuvieron que soportar durante cuatro años los vuelos de los U2 sobre su territorio— saben perfectamente que una guerra nuclear equivale al suicidio. Al mismo tiempo, conocen el peso de los gastos bélicos, necesitan traspasar a la producción la fuerza de trabajo inutilizada en las filas del ejército y emplear en el desarrollo económico los recursos proporcionalmente enormes que absorbe su defensa nacional.

Por otro lado, Moscú puede advertir cómo gracias a la herencia del colonialismo y el empeoramiento progresivo de la situación de los países subdesarrollados por acción u omisión —casi increíblemente miopes de las grandes potencias occidentales— se le abre un campo inmenso, en el cual puede ganar la guerra sin disparar un tiro. En los próximos veinticinco años la Unión Soviética puede llegar a demostrar con su ejemplo y su penetración económica, política y cultural que el comunismo es la única alternativa viable para superar el subdesarrollo y dar a las grandes masas de Asia, Africa y América Latina un nivel de vida aceptable, al menos en términos de bienestar material.

Todo eso es posible sólo sobre la base de la "convivencia pacífica".

La situación china es distinta.

Las fronteras de la inmensa China no se hallan estabilizadas. Sus tropas y su diplomacia hacen presión contra la India y Birmania, mientras se sigue combatiendo en las montañas del Tibet y disparando sobre el estrecho de Formosa. Sobre todo, el matenimiento de Chang Kai Chek en la isla de ese nombre, con el respaldo de la Séptima Flota norteamericana, sirve como excitante del sentimiento nacionalista y antimperialista.

Pero, principalmente, el régimen chino se encuentra en una etapa que podría compararse con la que el comunismo ruso atravesó en los primeros tiempos de Stalin. La organización del país sobre la base de las comunas, que significan no sólo la colectivización de la agricultura sino de la vida entera, importa el mantenimiento de un colosal aparato de constricción y militarización. Tan efectivo es esto que las autoridades chinas planean, efectivamente, la formación de una milicia de cincuenta millones de hombres, que pasaría a ser la fuerza armada más gigantesca de la historia. Esta fuerza estaría destinada realmente a operar en el frente interno, pero necesita un pretexto exterior, y el régimen necesita también el pretexto del imperialismo amenazante para movilizar psicológicamente a sus masas y disponer de un chivo emisario. De allí las afirmaciones de que el marxismo-leninismo supone que la lucha con el imperialismo es a muerte y que, por tanto, "hablar de desarme desmoraliza al pueblo".

Si en la divergencia ruso-china sobre interpretación del marxismo-leninismo estuviese en juego una mera especulación filosófica, el asunto podría clasificarse entre los pertenecientes casi al bizantinismo. Pero tras él, por lo que puede verse, hay situaciones muy concretas también divergentes. Esto puede indicar que, a pesar de las correcciones transaccionales hechas a última hora, para disimular la diferencia, ésta existe y tendería más bien a agravarse.

Este asunto, por último, es diferente aunque no se halle completamente desligado, del gran conflicto que algunos ven diseñarse en el futuro entre una China que encierra actualmente a un cuarto de la humanidad y no tiene posibilidades de expansión hacia los demás países asiáticos y una Unión Soviética dueña de los inmensos y vacíos territorios siberianos, a las puertas mismas del imperio amarillo. Pero esa es otra historia y no es ella la que en estos días ha comenzado a aflorar.

ELECCIONES EN BOLIVIA Y ECUADOR

En el mes de junio hubo elecciones en dos países latinoamericanos, donde ese fenómeno político ha alcanzado en el último tiempo una alentadora regularidad. Ecuador y Bolivia eligieron, a la vez, sus presidentes y congresos respectivos, en comicios bastante libres, sobre todo en el caso ecuatoriano.

En el caso de Bolivia, según lo denunció Walter Guevara Arze, candidato del Movimiento Nacionalista Revolucionario Auténtico, la elección constituyó un fraude. Paz Estenssoro, el candidato oficial, obtuvo el 70% de los votos, gracias especialmente a la altísima proporción de sufragios que le dieron las regiones rurales, donde votan las masas indias y analfabetas. En las ciudades, los dos candidatos de oposición (Guevara y Mario Gutiérrez, candidato de Falange Socialista Boliviana) pudieron, más o menos, hacer valer

sus derechos, o los de sus electores, pero en el campo fueron barridos. Sin embargo, a juicio de observadores imparciales, aun en elecciones completamente libres, Paz Estenssoro, el hombre que nacionalizó el estaño y repartió tierras a los indios, habría obtenido la mayoría absoluta de votos.

En estas elecciones, por primera vez desde su triunfo mediante una revolución en abril de 1952, el MNR enfrentó una oposición encarnizada, la que provenía de una rama desgajada de su mismo tronco. Walter Guevara, uno de los fundadores del partido y ex ministro de Paz Estenssoro y de Siles Zuazo levantó tienda aparte, seguido por una minoría de "movimientistas" para fundar el MNR Auténtico y lanzarse a la lucha electoral a pesar de la violenta y hasta sangrienta intervención en su contra.

El resultado de la elección era previsible. Lo que no puede preverse es qué va a pasar en Bolivia con un gobierno que, dígame lo que se diga, está dividido. Paz Estenssoro llegó a renunciar a su candidatura en una maniobra para detener las excesivas demandas de Juan Lechín, líder de los mineros y candidato a la vicepresidencia. Lechín cedió, pero sigue siendo contrario a la política anti-inflacionista que Paz Estenssoro tendrá que desarrollar para conservar el apoyo norteamericano y la ayuda de 20 millones de dólares al año, gracias a la cual Bolivia ha estado apenas manteniéndose a flote durante los últimos seis años.

Bolivia e Indonesia acaban de fracasar en su tentativa de obtener un reajuste del precio mundial del estaño, que Bolivia está produciendo a pérdida para obtener divisas y dar trabajo a unos cuantos miles de obreros. Siles Zuazo debió amenazar en varias oportunidades con su renuncia y con la huelga de hambre para enervar las demandas obreras. Si Lechín se hace —como, lógicamente, tiene que ser— el campeón de los obreros en el gobierno, ¿qué va a hacer el jefe de éste? Si Paz Estenssoro no encuentra una fórmula —que, por ahora, parece mágica— para desarrollar una política de "austeridad" y conservar el apoyo de los trabajadores organizados, va a llegar un momento en que Bolivia sea demasiado pequeña para él y para Lechín juntos. Entonces puede pasar cualquier cosa.

VELASCO IBARRA, POR CUARTA VEZ

Paz Estenssoro fue presidente de 1952 a 1956. Velasco Ibarra lo ha sido de 1934 a 1935, de 1944 a 1947 y de 1952 a 1956. Sólo esa última vez fue elegido por sus conciudadanos, que prefirieron, contra todas las predicciones, su candidatura independiente y su fogosa elocuencia a los hombres y programas presentados por los partidos tradicionales.

En 1956, Velasco Ibarra entregó la presidencia al actual mandatario, a quien el partido conservador hizo triunfar sólo gracias a la división

de sus contrarios. En todo este siglo, salvo por un breve y accidental período de quince días, no había habido en Ecuador un presidente conservador y el señor Ponce Henríquez —gracias a la ayuda del Presidente saliente— pudo llegar al poder saltando la valla de tres sublevaciones militares frustradas y de la resistencia del Congreso, que no quería proclamarlo.

Por otra parte, en 1956, Ecuador llevaba sólo ocho años de restauración de la continuidad constitucional. De 1912 a 1924 se habían sucedido regularmente cuatro presidentes, pero de 1925 a 1947 desfilaron, por lo que habrá que llamar el gobierno, 27 presidentes o jefes de juntas de gobierno. Sólo en 1948, con la elección de Galo Plaza (candidato derrotado en esta elección) se restauró la normalidad institucional.

Puede presumirse que a comienzos de septiembre próximo, Velasco Ibarra podrá posesionarse tranquilamente de la presidencia. Reunió más votos que sus dos contendores más próximos (el conservador Cordero Crespo y el liberal Galo Plaza) y aunque no tiene la mayoría absoluta, como la Constitución exige solo la relativa, el Congreso deberá sólo limitarse a proclamarlo.

En el nuevo Congreso, los velazquistas constituyen la fuerza más importante, aunque tampoco alcanzan la mayoría absoluta. Se supone, sí, que el nuevo presidente contará con el apoyo de los conservadores y podrá hacer gobierno con ellos. En su cuarto período, el casi septuagenario Velasco Ibarra necesitará de toda su experiencia y habilidad —que no son pocas— no ya para cumplir sus promesas electorales —que fueron muchas— sino para comenzar a solucionar los graves problemas ecuatorianos, en especial el de la tenencia de la tierra, que exige imperiosamente una reforma agraria. Ecuador es de los países latinoamericanos menos afectados por la inflación, pero, por otro lado, uno de los que se han quedado retrasados en su desarrollo económico y en varios aspectos de su integración nacional. Más grave, aunque menos aparente, que la oposición entre Quito y Guayaquil es la distancia entre una pequeña minoría de terratenientes y una gran masa, formada sobre todo por indios de la sierra, que está al margen de la propiedad agraria y de la economía moderna. En Bolivia, precisamente, se dejó demasiado tiempo ese problema sin solución y los resultados finales no fueron buenos. ¿Hará algo Velasco Ibarra para remediarlo en Ecuador?

CATASTRÓFE EN JAPON

Algo anda mal, sin duda alguna, en el manejo de las relaciones exteriores norteamericanas. Una nación, por poderosa que sea, no puede permitirse el lujo de dos errores seguidos y tan graves como el del vuelo del U2 y las faltas subsiguientes y el del viaje fallido del presidente Eisenhower a Japón. Hacía unos días nada más que el Secretario de Estado había tenido que

reconocer ante los senadores que su país tenía culpa en el fracaso de la reunión de París por causa del "affaire" del U2, cuando debía admitir que había habido una mala apreciación de la reacción japonesa ante el tratado con Estados Unidos y la visita del presidente Eisenhower.

En enero de este año, cuando el primer Ministro Kishi viajó a Washington para firmar el nuevo tratado de seguridad nipo-norteamericano, se produjo la primera reacción de la izquierda y el sentimiento neutralista japonés. Fue una reacción bastante clara y tumultuosa, pero no se le dió mayor importancia.

En mayo, con el fracaso de la reunión de París y las revelaciones sobre las actividades de los U2, de los cuales había varios en las bases norteamericanas en Japón, la oposición en este país se hizo violenta. La Cámara de Diputados vio escenas penosas, con 500 policías a empujones contra los diputados socialistas en los pasillos, cuando se trató de la ratificación del pacto. Los opositores a éste contaban con todas las organizaciones de masa y dominaban ampliamente la calle. La prensa norteamericana daba completos detalles de la forma organizada y hasta bien financiada en que se desarrollaba la agitación callejera contra la ratificación del tratado. En un comienzo, esa agitación era predominantemente "anti-kis-hi", pero se fue haciendo más y más anti-norteamericana. Ya se podía ver que la policía era impotente para luchar contra los manifestantes.

En los primeros días de junio, el embajador Douglas Macarthur II pidió a Kishi que el gobierno japonés retirara su invitación a Eisenhower. El primer ministro replicó que eso significaría la caída de su gobierno, el rechazo del tratado y, casi con seguridad, la liquidación de la democracia parlamentaria establecida durante la ocupación por Douglas Macarthur I. Así, el gobierno norteamericano cometió el error de mantener la visita de su máximo representante a un país profundamente dividido, para tratar de salvar al gobierno de ese país y el tratado firmado por ese mismo gobierno, a costa del prestigio y hasta de la integridad física del visitante, para no hablar del prestigio de Estados Unidos.

Resultado: el gobierno Kishi está condenado; se obtuvo la ratificación del tratado y mediante él EE.UU. conserva sus bases japonesas, pero la existencia del pacto es precaria; y Estados Unidos ha sufrido una tremenda pérdida de prestigio en todo el mundo y especialmente en Asia. En resumen, el saldo al debe señala una grave derrota diplomática, cuyas proyecciones distan de estar agotadas.

El error inicial estuvo en no considerar que el fracaso de la reunión en París cambiaba totalmente las condiciones en que se hacía el viaje a Tokio. La visita estuvo primitivamente concebida como una prolongación de la gira de Eisenhower por la Unión Soviética, sin que nadie hablara de los U2 y de los peligros que corrían los

países que daban bases a los norteamericanos para sus vuelos de espionaje. En tales condiciones, los comunistas japoneses y sus aliados iban a aplaudir a Eisenhower o a mirar tranquilamente, como lo habían hecho sus camaradas de Italia, Grecia, Brasil o Chile...

En un artículo que casi es cruel, Joseph Alsop señala en el "Herald Tribune" que los éxitos populares de Eisenhower en sus recientes giras por Europa, el Medio Oriente y América Latina se deben a "cortesía de N. S. Khrushchev". No es que todos los que aplaudían al presidente norteamericano fuesen comunistas, ni que los contramanifestaciones sean obra exclusiva de los comunistas.

No. Por lo que se refiere a este segundo caso, los disciplinados seguidores de Moscú no han hecho sino azuzar un sentimiento antinorteamer-

icano difuso y bastante extendido, por causas distintas, tanto en América Latina como en Japón, y aprovecharse de él de acuerdo con su "odio estratégico". El vicepresidente Nixon, después de su accidentada gira latinoamericana, tuvo el talento de reconocerlo. El presidente Eisenhower, después de su fallido viaje a Tokio, no tuvo ese talento y le echó la culpa exclusiva de lo ocurrido a los comunistas.

El gobierno norteamericano, en este último tiempo, está dando demasiadas oportunidades a los comunistas de todo el mundo para ganar victorias a costa de Estados Unidos. Es posible que este hecho pese en el ánimo de los electores norteamericanos en noviembre próximo, y es de esperar que de aquí a entonces no se brinden oportunidades semejantes a los comunistas en otros países, Cuba por ejemplo.

ALEJANDRO MAGNET

EL COMUNISMO ES FRUTO DE UNA TRAICION: LA TRAICION DE LOS CRISTIANOS.

Lo que separa a los hombres es el tener posesiones e intereses y deseo de tener. Lo que los une es el ser, el ser verdadero, es decir, la libertad y el amor, no un amor de bellos sentimientos, sino un amor que admite la realidad social concreta y la transforma, un amor que "lleva las cargas recíprocamente".

En nuestro mundo occidental ha llegado a hacerse de buen tono, al menos para la mayor parte, achacarlo todo al comunismo y considerar a los partidarios de ese sistema como los únicos, o por lo menos como los principales culpables de los desastres que padecemos o que nos amargan. No deben olvidarse, empero, que el comunismo como ideal es fruto de una grandiosa intuición que podríamos definirlo como el objeto de un "cuerpo místico" laico. Sin duda, podemos permitirnos condenar el ateísmo y materialismo que va unido indisolublemente con el sistema; pero nosotros, cristianos, podremos rechazar la tendencia positiva de su doctrina sólo después de habernos condenado a nosotros mismos; después de haber comprendido que solamente se hizo posible el marxismo por el gran pecado de los cristianos: la explotación del hombre por el hombre en el capitalismo, nacido en países llamados cristianos; y después de convencernos de que el marxismo sólo por eso es una posibilidad real y se ha convertido así, para muchos, en una amenaza, porque nosotros, los cristianos, tenemos todavía la culpa y realizamos muy poco la idea y la finalidad divina del Cuerpo Místico. Porque —dicho de otra manera—, la solidaridad obrera es, por lo menos, tan grande como la cristiana, no en las palabras, sino en la realidad concreta social.

No tenemos derecho a disculpar nuestros pecados y nuestra negligencia remitiéndonos a la doctrina perfecta del cristianismo. Los principios perfectos deben hacerse realidad en nuestro mundo humano. "En esto han de conocer todos que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros", dice Jesús, no en que tengáis una doctrina excelente sobre el amor, que luego no la lleváis sino muy imperfectamente a la práctica. Nuestro Señor se hizo hombre y participó en nuestra realidad humana de sufrimientos y de muerte antes de haber predicado sus lecciones de amor al prójimo.

Debemos reconocer que el amor se ha hecho realidad viviente en la Iglesia y se ha patentizado espléndidamente en todas las épocas en la vida de incontables cristianos que se han sacrificado sin tasa por sus semejantes; mas por culpa de muchos, pertenecientes a un cristianismo más o menos oficial,

ese sacrificio ha trascendido y se ha realizado tan imperfectamente que los "de fuera" apenas lo han podido reconocer en la vida pública y social.

El punto de partida de Marx fue un sistema social en el que el hombre es explotado por el hombre, y su idea era, según sus palabras, un mundo en que "el hombre fuera para el hombre el valor más alto", un mundo del que había de excluirse la explotación, la guerra y toda forma de esclavitud. Y el cimiento sobre el que había de surgir ese mundo por el que luchaba lo encontró él en el proletariado consciente, en la clase social que él consideraba como la "clase" universal humana, y por tanto, como el hombre universal, como el portador de la verdadera humanidad nueva.

Esa mentalidad se apoya sobre el hecho de que el proletario es el hombre sin posesiones, sin tierra y sin patria, y sin ningún privilegio —el hombre sin más— expuesto y a merced de los poderes que disponen de él. La revolución inevitable en estas condiciones no puede ocurrir sin violencia; pero la violencia comunista pretende intencionalmente el cese de todas las violencias y el fin de toda coacción y terror. Bien puede plantearse la cuestión de si ese ideal, sin la gracia divina, no será siempre una utopía, y apenas es necesario preguntarse si, en la realidad concreta de las democracias populares, no ha venido a parar la violencia comunista en una institución y un medio poderoso del partido, y no en un medio de lucha de la clase universal. Pero el ideal de la humanidad general, en que nadie es explotado por otro, y en que "el hombre es el valor más alto para el hombre", constituye en el fondo un ideal cristiano, que sólo puede realizarse en el Cuerpo Místico de Cristo. Aun esa frase que suena a ateísmo, "el hombre, el más alto valor para el hombre", tiene un sentido específicamente cristiano. Dios se ha hecho hombre, y el Hombre-Cristo es el hombre universal, y "lo que hicisteis con el más pequeño de los míos, conmigo lo hicisteis". El comunismo es, sin saberlo, en su intención, un cristianismo profano. Y ha llegado a ser posible porque el mundo de los cristianos, las diferencias propiamente humanas de clases y de bienes, han sido más fuertes y han sobrepujado a la solidaridad auténticamente humana y cristiana.

W. K. Crossouw

Prof. de la Universidad Católica de Nimega
Tomado de "Política y Espíritu", Santiago,
Chile. N.º 245.